

AL PRINCIPIO FUE UNA IDEA

Primero te regodeaste en las imágenes, en el morbo del detalle, en el plano general del *voyeur*, en la corrección del plano, en la repetición al antojo. Entonces el delirio te llevo a matar el apremio de tu entrepierna con sacudidas de bomba de achicar. Allí, encerrado en tu baño, mientras en el cuarto de al lado tu madre, depresiva, inerte, miraba sin mirar un programa de televisión lleno de colores y sonrisas comerciales. Después, cuando volviste a tierra, te asustaste, sí, el pánico atacó tus venas porque te diste cuenta de lo que acabas de hacer y te viste monstruoso, infernal, delirante, haciendo lo mismo frente a un cuerpo real, abierto, rojo palpitante y lleno de vísceras y excrementos.

Durante días luchaste contra tu oscuridad iluminada, y una mañana te descubriste yendo tras ella. En algún momento tus pies se negaron a seguir, el impulso batalló en tu pecho, pero el ansia te exprimió los genitales y ya estabas de nuevo siguiéndole los pasos y diciéndote que no importaba, qué sólo querías sentir el bullir de la sangre, el control, el silencio, la excitación del ángulo furtivo.

Era una chica triste, gordita, y con cara de que cargaba un saco de piedras. Su rostro era esquivo, desbibujado, y su mirada ocultaba alguna vergüenza cenagosa. Y tú que te habías leído todos esos libros, y habías visto tantas películas, creías conocer a la perfección los vericuetos del arte. ¿Por qué no aventurarse? Total, no ibas a llegar hasta al final.

El primer día fuiste torpe, y ella se dio cuenta. ¡Qué cara de vaca estúpida puso! Apuró la caminata hacia la puerta de la oficina, gimiendo, balbuceando. Demasiado estúpida, demasiado vaca. ¿Por qué reaccionó así? ¿Acaso de verdad parecías un loco, un asesino en serie? ¿Pero quién sabe cómo luce un asesino en serie? No, era ella, ella y sus profundos temores, ella demasiado estúpida, demasiado vaca. La odiaste, y ese odio terminó de impulsarte. Pero también la amabas. Sí, adorabas sus mejillas fofas, sus párpados caídos, su palidez de muerte y sus senos enormes. ¡Oh, era demasiado! Tenías que perseguirla, hundirte en su vida lamentable, leer su mente, espiar sus tetas cada vez que ella saliera a la calle.

No dejaste que te volviera a ver. Supiste de la distancia ideal, de las calles paralelas, de los caminos que desembocaban en la ruta de la sierva, de la perfección del disfraz, de las falsas cadencias al andar; aprendiste a pegarte a las paredes, a convertirte en sombra entre las sombras. Anotaste sus horarios y tus pensamientos en letra menuda y apretada en tu pequeña libreta, esa maldita libreta...

Temprano en la mañana la vaca salía del apartamento de enfrente rumbo a su trabajo, y tú te ibas tras ella, atravesando el caos del centro, esa bestia deforme que alguna vez fue tan pequeña y que luego creció como una alucinación, como una pesadilla laberíntica. La vaca caminaba hasta el metro de Capitolio, subía al tren y llegaba hasta la estación Parque del Este. Allí seguía por Sebucán, un erial que hace tiempo dejó de ser una urbanización de calles tranquilas y rostros conocidos, para convertirse en una maraña de conductos donde vehículos a motor eyaculan furia y anonimia. El viaje finalizaba en la Avenida Miguel Otero Silva, en la quinta "El Ocumito", una productora de contenidos para televisión donde ella era secretaria. Era una casa grande, blanca, antigua como un

animal viejo y cansado que reposaba sus últimos años con desgano de paralítico. Ella y la casa se parecían. La casa era como una vaca gigante. Demasiado vacas las dos.

Tu hipotética víctima almorzaba en el sitio. Así que te ibas a pagar la luz, el teléfono, a comprar verduras, a sacar alguna platica del banco o a comprar novelas de misterio bajo el puente de la Avenida Universidad o en La Gran pulpería del libro en Chacaíto. Luego, volvías a casa. Almorzabas al tiempo que tu madre te recitaba sus dolorosos reclamos. Hijito, hijito, estoy enferma, hijito, hijito, si tu padre no hubiese muerto, hijito, hijito, te necesito cerca. Tú sorbías la sopa y no decías nada, ni siquiera mirabas a los ojos a la mujer que te parió. Después te ibas al cuarto a leer, a ver televisión, a encerrarte, a huir de tu madrecita. Más tarde te preparabas para salir y ella, aún sin acostumbrarse a tu nueva rutina, te gritaba, te gritaba poseída por una histeria inusitada y llena de fuerza, te gritaba no salgas, la calle es peligrosa, no me dejes tanto tiempo sola, sabes que estoy enferma, no me dejes, no me dejes... Protestabas, y también reventabas en gritos, te tapabas lo oídos y te largabas aullando improperios. En el camino retomabas la calma, pensando que pronto ibas a ver a tu vaca de senos portentosos. Imaginabas su aureola rosada y generosa, su pezón pequeño y suave, mientras te la tocabas, apretabas, amasabas por encima del pantalón, al fondo del autobús, los ojos desorbitados, ajeno al mundo.

Llegabas media hora antes. Ella salía entre las seis y seis y cuarto. A veces hacía compras en un mercadito cercano. Tú la seguías de lejos, y anotabas, anotabas con letra apretada, con letra de hormiga esquizoide en tu pequeña libreta. ¡Ah, la estúpida libreta! Si en alguna parte hubieras anotado que todo era una farsa, que no eras capaz. Pero no, esa libreta era tu juego, tu ficción, tu literatura. ¡Cuán peligrosa puede ser la literatura!

La vaca salía del mercado, y tú anotabas, ella se montaba en el vagón, y anotabas, ella caminaba apresurada a través de la noche recién nacida, y anotabas, llegaba a su edificio, y anotabas, y después te ibas corriendo a tu casa, y en tu cuarto achicabas achicabas achicabas, imaginando las acciones que te confería un poder que nunca fue tuyo. Pero la cobardía no te sirvió de nada. Porque ahora todos piensan que la asesinaste...

Si tan sólo te hubieran dejado explicar que tú no fuiste, que bueno, que tú sí, que estuviste detrás de ella durante meses, es verdad, y aunque la libreta demuestre lo contrario, era sólo un juego, raro sí, retorcido, limítrofe con la locura, sí, pero irreal y tan débil como tu espíritu. Si sólo les hubieras podido contar que esa noche, como todas las noches, andabas tras ella, pero que de pronto, allí, en la callecita que llevaba al edificio, allí frente a ti y en sobre la espalda de la vaca, apareció una sombra, una presencia infernal que se hizo del cuerpo regordete y que desde sus ojos de locura amarilla te anunció la llegada de la muerte. Sí, tú viste cómo la sombra degolló a la vaca y cómo luego la arrastró hacia al contenedor de basura... Sí, tú viste todo eso y luego saliste corriendo, y en alguna parte se te cayó la libreta, la maldita libreta que luego encontraron los cazadores. ¿Pero por qué tuviste que huir, porque tuviste que ser tan descuidado? Tenías que haberte quedado allí, sereno, satisfecho. ¿Acaso creíste que podías pasar inadvertido, que era posible convertirse en una colilla de cigarrillo abandonada en cualquier acera? Pues no, la ciudad no es lo que parece. Caracas es en realidad pequeña, miserable, evidente; su grandor es apenas un simulacro de espejos, triste parapeto donde los cazadores saben encontrar a los pobres locos desesperados, a los pobres tontos que pagan por crímenes que no cometieron. Y tú saliste a decirles que no fuiste, a hablarles

del juego, de las falsas anotaciones de la libreta, a explicarles que todo era literatura, a contarles de la sombra, de la avidez amarilla en los ojos de la sombra. Pero lo hiciste mal, saliste como loco furioso, te lanzaste contra ellos, atropellando las palabras, y ellos te gritaron que te detuvieras, que te arrodillaras, que subieras las manos. Pero no lo hiciste, y ellos tuvieron que dispararte al pecho y luego a la cabeza, para tumbarte, para detenerte, porque tú seguías, no parabas, querías explicarles, querías hacerles entender, hasta que por fin caíste, ya sin palabras, ya sin vida.

Y ahora la soledad no me cabe en el pecho. ¡Qué falsas ilusiones me hice! Pensé que comprenderías, pensé que te ibas a alegrar cuando supieras que yo había estado jugando tu juego desde el principio, que te contentarías, como cuando eras niño, al ver por fin destripada a esa estúpida vaca que nunca te iba a ser feliz. Pero no, no me reconociste y te fuiste, lejos, lejos de mí, hijito, lejos de tu madre, de tu madrecita que siempre supo lo que era mejor para ti...